

Siendo de ambos la incólume belleza
Y ventura inefable de este día,
Poner alas debiste á la presteza;

Y á mí venir con himnos de alegría
A darme y recibir los parabienes:
Siempre fué del varón la primacía.

Bien sabes cuánto sufro; aquí me tienes;
Heces de amarga mirra llevo al pecho,
Y corona de espinas en las sienas.

A mis dolores es el mar estrecho,
Y angosta á mis trabajos la ancha tierra,
Que no produce inculta ni en barbecho.

Muchedumbre infernal me cerca y cierra,
Y sostengo contra ella gran combate,
De la Aurora al Ocaso cruda guerra.

Y sin embargo, ahora nada abate
El corazón que en júbilo rebosa,
Y en arrobos de amor apenas late.

Del gran aniversario la gloriosa
Fecha celebraremos aquí unidos,
El Esposo abrazado de la Esposa.

ERNESTO GONZALEZ.

CUESTION DE NOMBRES.

(Fragmento del poema "Aurora.")

I

En esta vida, que se llama *vida*
Por amargo sarcasmo,
Pese á Bacon y á Erasmo,
Hay entre el vulgo una verdad sabida
Y por todos los hombres repetida.
Yo pienso que un marino,
Al ver cuál se suceden con violencia
Uno tras otro males, que el destino
(Mejor la Providencia)
Encadena del hombre en el camino,
Con intuitiva ciencia,
Y allá en los mares viendo
Cómo empuja una ola á otra ola,
Forma en un buen refrán dióle, diciendo:
"No siempre una desgracia viene sola."

II

Escuchad esta carta que María,
Desde su quinta á la ciudad cercana,
A su madre escribía;
Y que, una hora transcurrida, abría
Con emoción la venerable anciana.

III

“Madre del alma: El pecho acostumbrado
A no guardaros dicha ni secreto,
Hoy, á su tierna condición sujeto,
Sus penas vierte en vos, atribulado.

“¡Penas! —diréis— Si amores y placeres
Sólo hallaba mi hija en su marido!.....
Y es la verdad, porque hasta ayer he sido
La más feliz de todas las mujeres.

“Lo que os digo no es dardo que alevoso
Clavo en mi Alberto, sin conciencia, y vana:
Yo sé de vos que una mujer cristiana
No juzga la conducta de su esposo.

“Al probar de la vida la aspereza,
Esta alma que dichosa fué un momento,
No esquivo ni el dolor ni el sufrimiento,
Sólo pide consejo y fortaleza.

“Voy á ser madre, y si el Señor bendice
El fruto de mi amor, y á verlo llego,
Vereis que no me engaño, que aunque ciego,
—“Es una niña”— el corazón me dice.

“Y esta niña que, amante, yo quería
Consagrar á la Virgen sacrosanta.....
No os lo puedo decir..... mi pena es tanta!.....
No llevará por nombre el de María.

“Y así como si fuéramos, señora,
Algo como gentiles ó paganos,
Esta niña, que es hija de cristianos,
Se llamará —¿lo creereis?— Aurora!

“Su padre así lo quiere: ¡pena impía!
Su padre, que ayer tarde, con franqueza
Me dijo que *al creer es cuando reza*,
Y él nunca reza, nunca, madre mía.....

“Su padre, sí, que á mi piadosa instancia
Contestó decisivo y terminante
Que es un nombre vulgar, poco elegante,
Ya no usado en Madrid, Londres ni Francia.

“Y en esta grave y sin igual dolencia,
Explicadme una frase que un secreto
Es para mí; me dijo: “Yo respeto
La augusta libertad de la conciencia”.....

“Y añadió cariñoso: “No te asombres:
El mundo, cara esposa, está en mi abono;
Así lo exige el gusto y el buen tono,
Y al fin ¿todo, qué es?.... Cuestión de nombres.”

“Y es la segunda de las dos cuestiones
Que entre nosotros con pavor surgía;
Mas ¡ay! mi matrimonio, madre mía,
Ya va siendo cuestión de corazones.

“Pues si engañada por febril deseo
Yo seguí mi amoroso pensamiento,
Y mi esposo no siente lo que siento,
Ni cree ¡triste de mí! lo que yo creo:

“Si al no creer, su amor desaparece,
Que afecto sin creencias es mentira,
Y el amor conyugal que á Dios no mira
Se derrumba, y al fin se desvanece:

“Si soy amada sólo por mí misma,
Y el amor que se basa en la criatura

Es roca que suspensa de una altura,
A leve impulso, con fragor se abisma:

"Si de mi esposo la florida mente
Es de talento, lúcida, un tesoro,
Y el corazón, que es lo que más valoro,
Yace á su Dios, helado, indiferente:

"Si vos y yo faltando de la tierra
En breve hacia el Señor las dos volamos,
Y al morir, aquí abajo abandonamos
Tanto dolor y tanto amor que encierra:

"Y del mar de la vida en los vaivenes
No encuentra quien la enseñe la hija mía
A poner, como yo la enseñaría,
La señal de la cruz sobre las sienes,

"¿Qué importa entonces que me adore Alberto?
¿Qué importa que en mi tumba lllore y gima,
Si en su alma no hay fe que le redima
Y úna al esposo vivo con el muerto?.....

"Me direis, buena Madre, que entretanto,
Siempre hay un Dios que escucha á los que ruegan;
Perdonadme, es verdad..... mis ojos ciegan
Anublados y turbios por el llanto.

"Y entretanto también, vitales lazos
Romper quiere el dolor..... de pena muero.....
Y hoy que su origen aterrada inquiere,
Mi pobre corazón se hace pedazos.

"Adiós..... adiós..... se pierde mi cabeza.....
Os lo repito hasta el postrer momento:
Yo no esquivo el dolor ni el sufrimiento,
Sólo pido consejo y fortaleza!"

IV

Al otro día en que la buena anciana
Recibió tal misiva,
María, en la mañana,
Un papel desdoblaba
Con mano temblorosa y convulsiva.
Y halló sólo un grabado
En el que se miraba
Pintado con primores
Un corazón de zarzas coronado,
Circuído de vivos resplandores;
Y al dorso, escrito en letras vacilantes
Y bien poco elegantes,
Cual de un pulso que trémulo consigue
Trazar sus caracteres, lo que sigue:

V

"Yo sé que existe un Sér bueno y clemente
Que siempre velará por su criatura,
Y que en la senda de mi vida obscura
Será mi luz eterna y refulgente.

"Yo sé que existe un Sér Omnipotente
Que mi intenso dolor y mi amargura
Puede cambiar en plácida ventura
Cuando á mi bien lo juzgue conducente.

"Por eso, si mis horas de alegría
Hoy el dolor, acerbo, no perdona,
Desfallecer no debe el alma mía.

"Ciñámonos de espinas la corona,
Recordando ser Dios quien nos la envía,
Y que un padre á sus hijos no abandona."

JUSTO P. GONZALEZ.

I

NOX.

Cuando ya el sol se puso, coronada
De marchitados mirtos y violetas,
Del alta noche entre las sombras quietas
La tierra se recoge á descansar.

Tú, de ilusiones muertas coronado,
Miras ponerse el sol de la esperanza:
Firmeza, corazón, tu noche avanza;
Pronto reposarás!

II

ERRANTE.

Cuando por vez primera el ave mira
En toda su extensión el cielo azul
Y la ancha tierra tapizada en flores
Bañadas en las olas de la luz,

Las alas mueve y se levanta al cielo;
Mas no elevando mucho su volar,
Vívida, alegre, derramando trinos,
Por entre azul y flores siempre va.

Mil flores vió mi corazón un tiempo,
El cielo azul de la esperanza vió,

Y deseando ver siempre azul y flores,
Al aire dió las alas de su amor.

Pero arriba volando, siembre arriba,
Lo azul tornado en negro llegó á ver,
Y en vez de alfombra de galanas flores,
Sombra sobre la tierra vió también.

Hora en lo negro del vacío, errante,
A tí se acerca en busca de la luz:
Quizá tú puedes alumbrar tus flores,
Y le puedes volver su cielo azul.

MANUEL M. GONZALEZ.

I

BARCAROLA.

Pescadores que en horas de calma
Dejáis la ribera,
Y sin miedo ni afán en el alma,
Cantando, cantando y en barca ligera,
Pedís vuestro fácil sustento á la mar:

Os empuja una brisa riente;
La onda dormida
Vuestra red sin enojos consiente,
Y libres de penas ganáis vuestra vida
Muy cerca la playa, muy cerca el hogar.

¡Ah! vosotros no sois marineros!
Es nauta el que alienta
En el alma combates tan fieros
Como el mar en la ruda tormenta;
Es nauta el que boga con vívido ardor.

A vosotros os da el Oceáno
El pez moribundo
Que preso en las mallas cogió vuestra mano.
Al nauta le brinda su seno profundo
Corales y perlas, sepulcro y honor.

II

LOS PAPÁS-POETAS.

EPÍSTOLA Á MANUEL ÁLVAREZ DEL CASTILLO.

Como llegara al templo el desgraciado
Hijo de Agamenón, en su locura,
Yo á la amistad me acojo fatigado.

Quizás peque de falsa esta figura,
Pues no soy un Orestes parricida
Ni las furias me acosan por ventura.

Pero ¡ay! mi buen amigo, por la vida
Del sér á quien más amas y respetas,
Te ruego que me ampare con tu egida.

¿Cómo, siendo quien eres, no te inquietas
Al ver cuál se desata ese torrente,
Ese aluvión de los papás-poetas?

¿Cómo tu agudo ingenio los consiente
Y, nuevo Juvenal, no les aplica
La despiadada tunda consiguiente?

Tan criminal silencio no se explica
Tratándose de quien, para el ridículo,
Tiene por pluma destructora pica.

Ya es fuerza que te ocupes de ese artículo,
Ya es fuerza que contengas á esa plaga
Que corre de lo impune en el vehículo.

Cada vez más terrible nos amaga,
Cada vez más se aumentan sus legiones
Y en la prensa y el libro se propaga.

Ya la trágica Musa, en las canciones
Que consagró á la gloria, diviniza
La industria que inventó los biberones.

Apolo sienta plaza de nodriza
Y en lavar de su nene los pañales
Las castálicas aguas utiliza.

Hoy privan los afectos paternales,
Y todo sér con prole está obligado
A pintar, con sus pelos y señales,

El retrato del hijo idolatrado,
Como si al mundo entero le importara
Conocer al muñeco tan sonado.

Ya es Carlitos, Momón, Lolita ó Clara
El héroe del poema sensibilero
Que el cariñoso padre nos dispara.

Y qué cosas nos dice el majadero!
Que el niño, que es un monstruo de viveza,
Ya mete la manita en el puchero.

Que es rizada y muy rubia su cabeza,
Que es un ángel de Dios, por más que el chico
No le deba ni un cuarto á la belleza.

Y ese numen doméstico es tan rico,
Que por cada simpleza que relata
Nos ministra cien odas y otro pico.

Si al muchachuelo le arañó la gata,
Al punto unas quartetas sobre el caso
Que salgan á decir de qué se trata.

Si ya Juanito ensaya el primer paso,
Que vengan las quintillas al momento
Y publíquese el hecho en el Parnaso.

No es posible sufrir este tormento.
¿Qué tenemos que ver con la hermosura
De tanto chiquitín que sale á cuento?

Comprendo que el autor de la criatura
Se complazca en tener los ojos fijos
De su amor paternal en la ventura.

Pero goce de tales regocijos,
Cuando más, en la santa compañía
De la señora madre de sus hijos.

Mas no, señor! Se ha dado en la manía
De exhibir los secretos de la casa
Al través del cristal de poesía.

Si el afán del amor tu pecho abrasa
Y aun á intentar el trance funerario
Que llamamos casorio se propasa,

Piensa que en este tiempo estrafalario,
Para evitar uniones infelices,
Ya no basta el dinero necesario.

Te será indispensable que poetices
Para que digas en cantar sonoro
Cómo tiene Carlitos las narices,

Y, además, que el muchacho es un tesoro,
Un Salomón, un sabio prematuro
Que te dice *pa-pá*, con pico de oro.

Deberás referirnos el apuro
En que te viste al abrazarle un día,
Porque te quiso arrebatár el puro;

Amén de la trillada letanía
De la espadita, el gorro, los soldados,
El buen abuelo y la amorosa tía,

Con otros mil sucesos regalados
Que asombrarán á la curiosa gente
Por parecerse en todo á los citados.

¡Y qué versos nos lanza comunmente
Esa pléyade Augusta de habiecas
Que el Parnaso escaló tan de repente!

No parece sinó que las Batuecas
Se han propuesto enlodar la hermosa fama
Del cantor de *Fusiles y Muñecas*.

Y nadie intenta detener la llama
De ese incendio voraz que en los pensiles
Risueños del buen gusto se derrama.

Lo que no hable de cosas infantiles,
Del muchacho que brinca y que berrea
Con todo el fuego de sus tres abriles,

No espere, quien lo escriba, que se lea
Sin oír que les llamen mamarrachos
A los frutos sazones de la idea.

Hoy estamos, Manuel, por los muchachos,
Por sus dengues, sus risas, sus pucheros,
Por sus pies pequeñitos de borrachos.

Lo cual quiere decir que los solteros
O no hablamos palabra, ó nos surtimos
Sin la menor tardanza de herederos,

Siempre que quien los tenga por racimos
No quiera socorrernos con alguno
Para rimar empalagosos mimos.

Reflexiona, por Dios, cuán oportuno
Aun para el mismo hogar tan calumniado,
Fuera poner mordaza á tanto tuno.

Sí lo reclama el Arte y á su lado
La Familia también, que triste mira
El velo de su templo desgarrado.

Acabe de una vez tanta mentira,
Que ni son, cual se dice, esos anhelos,
Ni tan pobre de asunto está la lira!

Pide á la Sensatez, que está en los cielos,
Que descargue su mágica palmeta
Sobre la mano del papá-poeta
Que nos hable otra vez de sus chicuelos.